

ESPAÑA PARA SUS SOBERANOS

Jean Plaidy



Basada en hechos históricos, esta novela narra las vicisitudes de un próspero reinado, donde se yergue la figura de Isabel, una de las mujeres de más férrea voluntad que recuerda la historia. La autora nos muestra la vida privada de una reina al frente del gobierno de España en unos años difíciles.

España para sus soberanos es la continuación de la historia de Isabel la Católica, iniciada por Jean Plaidy en *Castilla para Isabel*, y concluida con *Las hijas de España*.

Fernando

Oscurecía cuando la comitiva entró a caballo en la silenciosa ciudad de Barcelona, camino del palacio de los Reyes de Aragón, y siguió su marcha, recorriendo callejuelas tan estrechas que las altas casas grises, a las cuales se adhería el olor penetrante del mar y del puerto, daban la impresión de juntarse por encima del empedrado.

Encabezaba la partida de jinetes un hombre joven, de estatura mediana y porte majestuoso. Su cutis era fresco, aunque tostado por la acción del viento y del sol; de rasgos bien formados y dientes de excepcional blancura, tenía el pelo —que dejaba libre una amplísima frente— de color castaño claro con una insinuación rojiza.

Cuando alguno de sus acompañantes se dirigía a él, lo hacía con el mayor respeto. El joven, de unos veintidós años, era ya un guerrero y hombre de experiencia, cuya juventud se traicionaba solamente en la exigencia de que todos respetaran su dignidad.

—¡Cómo ha sufrido esta ciudad! —comentó, volviéndose al hombre que cabalgaba junto a él.

—Es verdad, Alteza. He oído de labios del Rey, vuestro padre, que cuando entró aquí después del asedio apenas podía contener las lágrimas, tan terrible era el espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

Fernando de Aragón asintió con gesto hosco.

—Una advertencia para los súbditos que se atreven a desafiar a su legítimo Rey —murmuró.

—Así es, Alteza —asintió su acompañante, sin atreverse a recordarle que la guerra civil recientemente terminada se

había debido al asesinato del legítimo heredero, Carlos, medio hermano de Fernando, pues que era el hijo habido de su primera mujer por el padre de éste. Pero se trataba de un asunto que era mejor olvidar, ya que Fernando estaba ahora muy dispuesto a adueñarse de todo lo que la ambición de su padre y el amoroso embobamiento de su madre le habían procurado... y a defenderlo.

La pequeña cabalgata se detuvo ante el palacio donde había establecido su cuartel general Juan de Aragón, y Fernando gritó, con su voz profunda y resonante:

—¿Qué os pasa allí a todos? Aquí estoy yo, Fernando. ¡Acabo de llegar!

Dentro, el bullicio fue inmediato. Bruscamente se abrieron las puertas, y los mozos salieron presurosos a recibir al grupo. De un salto, Fernando se bajó del caballo y entró a la carrera en el palacio, mientras su padre, que lo había oído llegar, venía a su encuentro con los brazos abiertos.

—¡Fernando! ¡Fernando! —exclamó, y los ojos se le llenaron de lágrimas mientras abrazaba a su hijo—. Ah, ya sabía yo que no demorarías en venir. Sabía que estaríais conmigo. Qué bendición singular la mía. Me fue concedida la mejor de las esposas, que aunque ahora me haya sido arrebatada, me ha dejado el mejor de los hijos.

Con sus setenta y ocho años, el Rey de Aragón no mostraba signos de decadencia. Todavía fuerte y lleno de energía, pese a haberse sometido recientemente a sendas operaciones para recuperar la vista en ambos ojos, era raro que se permitiera alguna exhibición de debilidad. Pero había una emoción que siempre se le hacía imposible ocultar: el amor que sentía por su difunta esposa y por Fernando, el hijo que ésta le había dejado.

Con un brazo sobre los hombros de Fernando, Juan condujo a su hijo a una pequeña cámara y pidió que les sirvieran algo. Una vez que los hubieron atendido, y cuando se quedaron solos, Fernando dijo:

—Me enviaste llamar, padre, y eso fue suficiente para que yo acudiera presuroso a vuestro lado.

—¡Pese a ser vuestro matrimonio tan reciente, y a tener una esposa tan encantadora! —sonrió Juan.

—Oh, sí —admitió Fernando, con satisfacción—, Isabel no estaba muy dispuesta a que nos separáramos, pero con su profundo sentimiento del deber, cuando supo de vuestra necesidad, fue ella quien insistió en que cumpliera con mi deber.

Juan hizo un gesto de asentimiento.

—Y en Castilla... ¿las cosas están bien hijo mío? —preguntó después.

—Todo está bien, padre.

¿Y la niña?

Es sana y fuerte.

¡Ojalá vuestra pequeña Isabel hubiera sido varón!

Ya vendrán varones, padre.

—Sí que vendrán. Y os diré una cosa, Fernando. Que cuando tengáis un hijo, ojalá se os parezca tanto que todos digan: «He aquí que tenemos entre nosotros a un nuevo Fernando.» Nada mejor que eso puedo desearos.

—Padre, tenéis demasiada buena opinión de vuestro hijo —la expresión de Fernando, al decirlo, desmentía la acusación.

Juan sacudió la cabeza.

—¡Rey de Castilla! Y un día... tal vez no muy distante... Rey de Aragón.

—Esa segunda dignidad, la esperaría gustoso toda la vida —respondió Fernando—. Y en cuanto a la primera... por el momento, es poco más que un título de cortesía.

—Conque Isabel es la Reina, y vos el consorte... por poco tiempo, sólo por poco tiempo. No dudo de que no tardaréis en hacerla entrar en razones.

—Tal vez —asintió Fernando—. Es lamentable que la ley sálica no tenga vigencia en Castilla, lo mismo que en Aragón.

—Entonces, hijo mío, es indudable que seríais vos el Rey, e Isabel vuestra consorte. Castilla debería ser vuestra por herencia de vuestro abuelo, de quien lleváis el nombre, si no fuera por el hecho de que las hembras no quedan excluidas del trono castellano. Pero Isabel es vuestra esposa, hijo querido, y estoy seguro de que esta pequeña dificultad será temporaria.

—Isabel es sumamente cariñosa —contestó Fernando, con una sonrisa.

—¡Entonces! No tardarán las cosas en ser lo que deseamos.

—Pero hablemos de vuestros asuntos, padre, que son de mayor importancia, y el motivo de que haya venido a veros.

—Como bien sabéis —empezó, con gravedad, el Rey—, durante la revuelta de los catalanes me vi en la necesidad de pedir ayuda a Luis de Francia. Me la concedió, pero ya sabéis que Luis jamás da nada sin recibir algo a cambio.

—Sé que las provincias del Rosellón y Cerdaña le fueron entregadas en custodia, como garantía, y que ahora se han levantado en contra del yugo extranjero.

—Y han apelado a mi auxilio. Lamentablemente, el Señor de Lude ha invadido el Rosellón con diez mil hombres de infantería y novecientos lanceros. Además, cuenta con provisiones para mantener a su ejército durante meses. La guerra civil ha sido larga, y ya sabéis como ha pesado sobre nuestros fondos.

—Debemos encontrar alguna forma de obtener dinero, padre.

—Por eso os he llamado. Quiero que vayáis a Zaragoza para reunir, por algún medio, el dinero que necesitamos. Una derrota a manos de Francia sería desastrosa.

Durante unos segundos, Fernando se mantuvo en silencio.

—Estoy pensando —dijo finalmente— cómo será posible arrancar al patrimonio de Aragón los fondos que nece-

sitamos. ¿Cómo está la situación en Zaragoza?

—Hay mucha ilegalidad en Aragón.

—Lo mismo que en Castilla —respondió Fernando—. La lucha se ha prolongado durante tanto tiempo que se han descuidado los asuntos civiles, y por todas partes surgen ladrones y pícaros.

—Parecería —le informó Juan— que un tal Ximenes Gordo se ha convertido en Rey de Zaragoza.

—¿Cómo puede ser eso?

—Vos conocéis a la familia; son nobles. Pero Ximenes ha desechado su condición de tal. Ha asumido un cargo municipal y se ha colocado en una situación donde su influencia es tal que no resulta fácil, desde esta distancia, negociar con él. Ha concedido todos los puestos importantes a sus familiares y amigos, y a quienes le ofrecieron un soborno lo bastante tentador. Es uno de esos pícaros pintorescos que de alguna manera se las arreglan para ganarse el aprecio popular. Administra una parodia de justicia, y tengo pruebas de que es culpable de numerosos delitos.

—Es menester ordenar que sea procesado y ejecutado.

—Hijo querido, hacerlo así provocaría la guerra civil en Zaragoza, y es demasiado lo que tengo entre manos. Pero si vais a reunir los fondos que nuestras necesidades imponen, mucho dependerá de Ximenes Gordo.

—¡Imposible parece que el Rey de Aragón dependa de un súbdito! —exclamó Fernando.

—Razón tenéis, hijo mío. Pero mi necesidad es cruel, y estoy lejos de Zaragoza.

—Debéis dejar este asunto en mis manos, padre —sonrió Fernando—. Yo iré a Zaragoza, y podéis confiar en que encontraré algún medio de reunir el dinero que necesitáis.

—Sé que lo haréis, hijo mío —asintió Juan—. Es vuestro destino alcanzar siempre el éxito.

El joven sonrió con complacencia.

—Partiré sin demora hacia Zaragoza, padre —anunció, pero el anciano Rey parecía caviloso.

—Tan poco hace que habéis llegado, y tan pronto sois en iros —murmuró—. Pero tenéis razón; no tenemos mucho tiempo que perder —agregó luego.

—Partiré mañana, al amanecer —concluyó Fernando—. Vuestra causa, como siempre, es la mía.

Camino de Zaragoza, al atravesar Cataluña, había una visita que Fernando no pudo privarse de hacer.

Debía ser, en lo posible, secreta. Había cierta personita a quien ansiaba ver, y que para él significaba muchísimo, pero estaba decidido a extremar las precauciones para que Isabel no llegara a saber de su existencia. Fernando empezaba ya a darse cuenta de lo difícil que sería vivir a la altura del ideal que su mujer se había hecho de él.

La pequeña comitiva se había detenido a descansar en una posada y, so pretexto de que deseaba retirarse temprano, Fernando se dirigió a la habitación que le habían asignado, en compañía de dos de sus hombres de más confianza.

—Id a los establos —le ordenó tan pronto como estuvieron solos— y haced que preparen los caballos. En cuanto todo esté tranquilo, yo me reuniré con vosotros.

—Sí, Alteza.

Cuando los hombres se retiraron, Fernando se sintió devorado por la impaciencia. ¡Cuánto tardaban sus acompañantes en terminar la sobremesa! Tuvo que dominar el impulso de ir a pedirles que se retiraran a sus habitaciones y se acostaran a dormir sin pérdida de tiempo.

Pero eso sería una locura, naturalmente, ya que lo más necesario era el secreto. Fernando no era de naturaleza impulsiva. Sabía lo que quería, y estaba decidido a conseguirlo, pero la experiencia le había enseñado ya que con frecuencia era necesario esperar mucho tiempo hasta que el éxito coronaba una empresa. Y Fernando había aprendido a esperar.

De manera que esperó, dominando su impaciencia, hasta que finalmente uno de sus servidores apareció en la puerta.

—Todo está en calma. Alteza, y los caballos listos.

—Está bien. Partamos.

Era grato cabalgar en la noche. Fernando había pensado enviar un mensajero que se adelantara, para que ella estuviera advertida. Pero no; tenía que ser una sorpresa. Y si la encontraba con otro amante, eso no le afligiría mucho. Por hermosa que fuera, no era ella quien lo atraía, no era simplemente por esa mujer por quien estaba dispuesto a hacer secretamente ese viaje, del cual bien podrían llegar noticias a los oídos de Isabel.

—Oh, Isabel, esposa y Reina mía —murmuró Fernando para sus adentros—, algún día tendrás que aprender algo sobre el mundo. Tendrás que saber que a los hombres como yo, que pasan largas temporadas alejados del lecho conyugal, no se los puede privar de una querida de tanto en tanto.

Y de esos episodios amorosos, tales como el compartido con la vizcondesa de Éboli, no era excepcional que resultaran frutos.

Fernando sonrió, confiando en su poder para obtener lo que quería de todas las mujeres, sin excluir a su calma e inquietantemente púdica Isabel.

Recordaba en ese momento la ocasión en que la vizcondesa se había convertido en su amante, durante uno de esos períodos en que Fernando estaba lejos de Castilla, en Cataluña, ocupado en atender los asuntos de su padre. Y había sido Isabel quien insistió en que partiera.

—Es vuestro deber acudir en ayuda de vuestro padre —le había dicho.

¡El deber!, pensaba Fernando. Era una palabra que se repetía con frecuencia en el vocabulario de Isabel.

Ella no dejaría jamás de cumplir con su deber; la habían educado para que lo considerara algo de importancia su-

prema. Isabel era capaz de arriesgar su vida por el deber, y no sabía —ni debía sospechar— que al dejar que su marido partiera hacia Cataluña, se había jugado la fidelidad de él al lecho matrimonial.

Pero la cosa había sucedido, y ahora Fernando estaba ya en la mansión de Éboli; la casa se despertaba, y por ella se difundía la noticia:

—¡Ha llegado! El señor está en la casa.

—Sin ruido, os ruego a todos —pidió Fernando, tras haber entregado su caballo a uno de los mozos—. Es una visita extraoficial. Voy camino de Aragón y si me detengo aquí es para un simple saludo.

Los sirvientes entendieron. Estaban al tanto de la relación entre su señora y don Fernando, y no hablaban de ella fuera de la casa. Sabían que el deseo de Fernando era que se mantuviera el secreto, y no ignoraban que podía ser peligroso contrariarlo.

Al entrar en la casa, Fernando se dirigió a dos mujeres que inmediatamente lo saludaron con profundas reverencias.

—¿Vuestra señora? —les preguntó.

—Se había retirado ya, Alteza, pero ha sido advertida de vuestra llegada.

Al levantar la vista, Fernando vio a su amante en lo alto de la escalera. El largo pelo oscuro le caía desordenadamente sobre los hombros, y llevaba una bata de rico terciopelo de color rubí sobre su cuerpo desnudo.

Era una hermosa mujer, y era fiel. Al ver el regocijo que se pintaba en su rostro, Fernando sintió el placentero aguijón de los sentidos mientras, a saltos, subía las escaleras para abrazarla.

—Oh... habéis venido, por fin...

—Sabéis que si hubiera podido disponer las cosas, habría estado aquí mucho antes.

—Habéis cambiado —dijo ella, sonriendo, sin quitarle los brazos del cuello—. Estáis más viejo.

—Es el destino que todos compartimos —le recordó Fernando.

—Pero que a vos os sienta maravillosamente.

Al advertir que los observaban, la vizcondesa tomó a Fernando del brazo para conducirlo a sus habitaciones.

Había una pregunta, la más importante de todas, que él se desvivía por hacer, pero se contuvo, cauteloso. No... todavía no. Por más que ella misma amara al niño, no debía sospechar que era él, y no su madre, el motivo de su visita.

En la alcoba, Fernando le abrió la bata de terciopelo para besar todo su cuerpo, mientras ella permanecía inmóvil, como traspasada por el éxtasis.

Una vez más, no pudo evitar compararla con Isabel. Cualquiera mujer, se decía, parecería una cortesana comparada con la suya. La virtud emanaba de ella, y Fernando se sorprendía de que no tuviera un halo visible, rodeándole la cabeza. Todo lo que hacía Isabel tenía la dimensión de un acto consagrado. Hasta el contacto sexual (y era indudable que amaba apasionadamente a su marido) parecía, incluso en los momentos de más entrega, no ser para ella más que un medio de concebir herederos para la corona.

Fernando se disculpaba ante sí mismo por su infidelidad. Ningún hombre podría sobrevivir con una dieta exclusiva de Isabel. Hacían falta otras.

Sin embargo en ese momento, mientras hacía el amor a su querida, sus pensamientos estaban en otra cosa. Sólo le haría la trascendental pregunta en el momento exacto. Fernando se enorgullecía de su calma, que había sido el orgullo de sus padres, pero para ellos todo era admirable en el hijo... lo bueno y lo malo. Y había veces en que el joven era incapaz de dominar su impetuosidad. Pero tal condición iría atenuándose con la edad; Fernando se daba cabal cuenta de eso.

Ya su amante, saciada, había quedado tendida junto a él. En sus labios se dibujó una sonrisa de satisfacción mientras sus dedos se entrelazaban con los de Fernando.

—¡Sois magnífica! —susurró él, antes de añadir, como si acabara de ocurrírsele—. Y... ¿cómo está el niño?

Está bien, Fernando.

¿Habla alguna vez de mí?

—Todos los días me pregunta: «Madre, ¿creéis que mi padre podrá venir hoy?»

—¿Y qué le decís a eso?

—Le cuento que su padre es el hombre más importante de Aragón, de Cataluña, de Castilla, y que por ser un hombre tan importante, no tiene tiempo para visitarnos.

—¿Cuál es su respuesta?

—Dice que un día él será tan importante como su padre.

Fernando rió, satisfecho.

—¿Está durmiendo ahora? —preguntó con ansiedad.

—Agotado por los esfuerzos del día. Ahora dice que es general, Fernando. Tiene sus ejércitos. Deberíais oír cómo les da órdenes.

—Ojalá pudiera —suspiró él—. Me pregunto...

Lo que deseáis es verlo, no podéis esperar. Bien lo sé. Tal vez si entramos sin hacer ruido no lo despertemos. Está en la habitación inmediata. Siempre lo tengo cerca, por temor de que algo pueda sucederle si se aparta demasiado de mí.

—¿Qué podría sucederle? —preguntó Fernando, con súbita fiereza.

—Oh, no son más que mis ansiedades de madre —la vizcondesa se había levantado y estaba ya envuelta en su bata—. Venid, vamos a mirarlo un momento mientras duermo.

Cogió un candelabro y le hizo gesto de que la siguiera. Fernando se echó rápidamente algo encima y fue con ella hasta una puerta que su amante abrió silenciosamente.

En su cuna, con una mano regordeta aferrada a las ropas de cama, dormía un niño de unos tres años. El pelo

que se rizaba alrededor de la bien modelada cabeza era castaño, con reflejos rojizos.

Era una hermosa criatura, y al mirarla Fernando sintió que lo invadía un orgullo inmenso.

Isabel le había dado una hija, pero ése era su hijo varón, su primogénito; el infantil encanto del niño y el inconfundible parecido que tenía con él llenaron a Fernando de una emoción poco común en él.

—¡Qué dormido está! —susurró, sin poder resistir el deseo de inclinarse sobre la cuna para apoyar los labios en la suavidad del pelo.

En ese momento le acometió el impulso de apoderarse del niño dormido y arrebatárselo a su madre para llevarlo a Castilla, para presentárselo a Isabel, diciendo: «He aquí a mi hijo, mi primogénito. Su presencia me llena de alegría, y quiero que se eduque aquí, en la corte, junto con los hijos que vos y yo podemos tener.»

Pero jamás podría hacerlo. Ya se imaginaba la reacción de Isabel, y una de las cosas que había aprendido desde su casamiento era la necesidad de respetar a Isabel en toda su dignidad.

La idea era una tontería; lo que debía hacer era impedir que su mujer llegara a enterarse jamás de la existencia de ese niño.

De pronto, el chiquillo se despertó y miró con asombro a la pareja, inmóvil junto a su cuna. Después comprendió quién era el hombre, se levantó de un salto, y sus bracitos rodearon cálidamente el cuello de Fernando.

—¿Y qué significa esto? —preguntó su visitante, con fingido enojo.

—Significa que ha venido mi padre —respondió el niño.

—¿Quién eres tú, pues?

—Soy Alonso de Aragón —fue la respuesta, enunciada con aire principesco—. Y vos sois Fernando de Aragón.

El niño acercó el rostro al de su padre, para mirarlo de cerca, y con el índice siguió la línea de la nariz de Fernan-

do.

—Os diré una cosa —anunció.

—A ver, ¿qué me dirás?

—Que somos también algo más.

—¿Qué más?

—Vos sois mi padre, y yo vuestro hijo.

Fernando lo estrechó en sus brazos.

—Es verdad —susurró—. Es verdad.

—Me estáis apretando demasiado.

—Es imperdonable —se disculpó Fernando.

—Ahora os mostraré que soy un soldado —le dijo el niño.

—Pero es de noche, y deberías estar durmiendo.

—No, porque ha venido mi padre.

—Estará a la mañana.

El niño le dirigió una mirada de astucia; en ese momento, su parecido con el padre era impresionante.

—Es posible que entonces ya se haya ido —respondió.

Fernando le acarició suavemente el pelo.

—Bien que siento no poder estar más contigo. Pero esta noche estoy aquí; estaremos juntos.

Los ojos de la criatura se redondearon de asombro.

—Toda la noche —dudó.

—Sí, y mañana dormirás.

—Mañana dormiré.

De un salto se bajó de la cama y corrió a abrir un cofre. Quería enseñar sus juguetes a su padre. Fernando, arrodillado junto al cofre, prestó oídos a la charla del niño, mientras la madre los miraba, brillantes de ambición los ojos.

—Ahora contadme un cuento, padre —pidió Alonso, pasado un rato—. Habladme de cuando erais soldado. Habladme de batallas... de luchas y matanzas.

Riendo, Fernando se sentó con el niño en sus brazos.

Y empezó a contarle la historia de sus aventuras, pero apenas si la había iniciado cuando su hijo se quedó dormido.

Cuidadosamente, su padre volvió a acostarlo; después, él y la vizcondesa salieron de puntillas de la habitación.

—Podréis tener hijos legítimos —dijo ella súbitamente, con orgullo—, príncipes destinados a ser reyes, pero jamás tendréis un hijo a quien podáis amar como amáis a éste.

—Me temo que tenéis razón —admitió Fernando.

Cerrada ya la puerta entre las dos habitaciones, Fernando se apoyó contra ella para mirar a su amante, a la luz de la vela; el brillo de la ambición por su hijo, que le iluminaba los ojos, en nada disminuía su belleza.

—Tal vez podáis olvidar el amor que por mí sentisteis —continuó la vizcondesa—, pero como madre de vuestro hijo, jamás me olvidaréis.

—Jamás olvidaré a ninguno de vosotros —le aseguró Fernando, y la atrajo hacia sí para besarla.

—A la mañana os habréis ido —le recordó ella—. ¿Cuándo os volveré a ver?

—Pronto volveré a pasar por aquí.

—¿Y vendréis a visitar al niño?

—A visitaros a ambos —respondió él con una pasión que no sentía del todo, ya que su hijo seguía ocupando sus pensamientos—. Venid, que nos queda poco tiempo.

Ella le tomó la mano para besársela.

—Haréis algo por él, Fernando. Os ocuparéis de él. Le daréis propiedades... títulos —susurró.

—Bien podéis confiar en que me ocuparé de nuestro hijo —le aseguró Fernando y, llevándola de nuevo a la cama, apartó deliberadamente sus pensamientos del niño para entregarse a su pasión por la madre.

—Tal vez —dijo ella, rato después— la Reina de Castilla no quiera que nuestro hijo reciba los honores que vos, su padre, estaríais dispuesto a conferirle.

—Eso no temáis —respondió con cierta aspereza Fernando—, porque le serán concedidos.

—Pero, la Reina de Castilla...

Súbitamente, Fernando se sintió furioso contra Isabel.